

ODS 2

¿Facilitar la captura empresarial o invertir en agricultura sostenible a pequeña escala y agroecología?

POR STEFANO PRATO, SOCIEDAD INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO (SID)¹

El ODS 2, “[p]oner fin al hambre, lograr la seguridad alimentaria y la mejora de la nutrición y promover la agricultura sostenible”, articula una de las mayores aspiraciones de la Agenda 2030. Junto con el ODS 1 que busca poner fin a la pobreza en todas sus formas, el ODS 2 marca gran parte del sentimiento y los valores que impulsan la implementación de la Agenda 2030. No progresar en los ODS 1 y 2 indicaría el fracaso de toda la Agenda. Sin embargo, aunque nadie puede estar en desacuerdo con el noble objetivo expresado en el ODS 2, el empeño por lograrlo podría ocultar impulsos no tan nobles. La implementación del ODS 2 tiene lugar dentro del enfrentamiento entre dos visiones alternativas de la alimentación y nutrición: un modelo de agricultura industrial a gran escala, cuyo objetivo es maximizar la productividad a corto plazo sobre la base de soluciones técnicas, y una visión de agroecología y agricultura sustentable a pequeña escala, basadas en el derecho humano a la nutrición y alimentación adecuadas.

Tensión entre dos extremos

El contexto en el que se está implementando el ODS 2 es el campo de batalla de dos puntos de vista opuestos sobre la modernidad, la alimentación y la nutrición, respaldados por dos sistemas igualmente distantes de producción, comercialización y distribución.

Por un lado, se encuentra el modelo empresarial que considera los alimentos como un bien de consumo y pretende conquistar los mercados de consumidores, identificados meramente como personas con poder adquisitivo. Este modelo ve la producción como un proceso altamente especializado que puede deslocalizarse hacia cualquier lugar donde se encuentren recursos para maximizar la productividad en sentido

estricto. Se basa en la privatización de las tierras comunitarias y, cada vez más, en su financierización, así como en el amplio uso de biotecnologías, entre ellas, los organismos modificados genéticamente. Sus productos uniformes se integran horizontal y verticalmente en cadenas de valor mundiales y su modelo empresarial se basa en minimizar las externalidades que está obligado a contemplar y, al mismo tiempo, procurar la menor intensidad en trabajo posible mediante la mecanización, la robótica y las tecnologías de la información. Este modelo homogeneizador y hegemónico lleva a la captura de la agricultura y la nutrición por parte de la producción industrial intensiva y a gran escala, integrada verticalmente en la transformación industrial de los alimentos, con grandes canales de distribución que permiten una mayor penetración en los mercados mundiales y hasta en las comunidades rurales.

Los protagonistas principales de este modelo son los grandes conglomerados transnacionales que están atravesando un proceso de concentración sin precedentes. En diciembre de 2016, los accionistas de Monsanto votaron a favor de la venta de la empresa a Bayer

¹ Este artículo se basa en el editorial del autor titulado “Resisting Rural Appropriation: Embracing Agroecology to Transform Globalization” (Cómo resistir la ocupación rural: adopción de la agroecología para transformar la globalización), publicado en la revista *Development* de la SID, 58:2-3, sobre “Transformaciones rurales”.

por 66.000 millones de dólares, lo que se convirtió en una de las absorciones transfronterizas de empresas más grandes de todos los tiempos. La entidad fusionada será la mayor proveedora mundial de semillas y de plaguicidas, y controlará hasta 30% de los mercados globales de semillas comerciales y 24% de los mercados de plaguicidas. Tal como informó el Grupo ETC (véase el recuadro), la fusión Bayer-Monsanto es solo una de varias megafusiones que se están produciendo simultáneamente en el suministro de insumos agrícolas: está prevista la fusión de los gigantes químicos estadounidenses Dow Chemical y DuPont, mientras que China National Chemical Corporation (ChemChina) adquirirá Syngenta.

En el extremo opuesto, las comunidades locales basadas en la producción a pequeña escala, a menudo atrapadas en la agricultura de subsistencia, consideran los alimentos como un derecho humano fundamental y a los consumidores de alimentos como conciudadanos y personas con derechos.² Como se indica en la declaración de la sociedad civil de la Segunda Conferencia Internacional sobre Nutrición de noviembre de 2014:

*“Reafirmamos que la alimentación es la expresión de los valores, las culturas, las relaciones sociales y la autodeterminación de los pueblos, y que el acto de alimentarse a uno mismo y alimentar a otros encarna nuestra soberanía, nuestro sentido de pertenencia y nuestro empoderamiento. Al alimentarnos y compartir la mesa con nuestra familia, amigos y comunidad, reafirmamos nuestras identidades culturales, nuestra interdependencia con la naturaleza, el control de nuestra vida y nuestra dignidad humana”.*³

Este enfoque considera la producción como un proceso altamente diversificado que está inherentemente localizado e integrado en las necesidades territoriales, tradiciones y ecosistemas. Tiene como base recursos genéticos localmente adaptados y tradicionales, insumos externos mínimos y un concepto holístico de la productividad, que maximiza las sinergias entre diversas líneas de productos, a través de la rotación de cultivos y

sistemas integrados de producción agropecuaria mixtos. Es inherentemente intensivo en trabajo y biocéntrico, ya que minimizar los aspectos externos y mejorar la biodiversidad implica preservar el ecosistema donde viven las comunidades y del cual dependen sus medios de vida futuros. También se basa en los derechos colectivos y en el acceso a las tierras comunitarias y se respalda en una gran diversidad de conocimientos, incluidos los tradicionales y de pueblos indígenas. En este sentido, una cantidad creciente de productores de alimentos a pequeña escala incorporan la agroecología y exploran las economías circulares y de cadena corta con los territorios circundantes. Aquí, los protagonistas principales son los pequeños agricultores, los pescadores, los ganaderos y otros productores de alimentos a pequeña escala, que están cada vez más conectados con los movimientos sociales nacionales, regionales y globales, de los cuales un ejemplo notable es La Vía Campesina. Según se indica en su sitio web:

*“La Vía Campesina es un movimiento internacional que reúne a millones de campesinos, agricultores pequeños y medianos, sin tierra, jóvenes y mujeres rurales, indígenas, migrantes y trabajadores agrícolas de todo el mundo. [...] defiende la agricultura sustentable de pequeña escala como una forma de promover la justicia social y dignidad y se opone fuertemente a una agricultura comandada por corporaciones y empresas transnacionales que destruyen a la gente y la naturaleza. [...] La Vía Campesina cuenta con 164 organizaciones locales y nacionales en 73 países de África, Asia, Europa y América. En total representa a unos 200 millones de agricultores. Se trata de un movimiento político, autónomo, plural, multicultural, [...] a la vez que se mantiene independiente de cualquier partido político, de cualquier tipo de afiliación económico o de otro tipo”.*⁴

También debe advertirse que actualmente hay varios intentos en curso para reducir la agroecología a una técnica de producción más entre muchas. Estos intentos deben rechazarse. Según se indica en la declaración del Foro Internacional de Agroecología 2015,⁵ la “agroecología es un modo de vida” que incluye

2 Valente (2014).

3 www.fao.org/fileadmin/user_upload/faoweb/ICN2/documents/CSO_Vision_Statement_-_Final.pdf.

4 <https://viacampesina.org/es/la-via-campesina-la-voz-las-campesinas-los-campesinos-del-mundo/>.

5 International Forum for Agroecology (2015).

filosofías difundidas y alternativas concretas que abarcan prácticas de producción basadas en principios ecológicos y gestión dinámica de la biodiversidad, así como reconsideraciones profundas de las relaciones sociales y de gobernanza dentro de los territorios y entre ellos. Es, por lo tanto, inherentemente política, ya que cuestiona las estructuras de poder y pretende transformarlas.

Esta dicotomía podría considerarse innecesariamente simplista, ya que parecería haber mucho entre estos dos extremos. Pero, en realidad, no lo hay. Las empresas medianas nunca existieron en los países del Sur y desaparecen progresivamente en Europa, donde algunas industrias, como la industria láctea, enfrentan enormes dificultades en los últimos años.

Además, cualquier pretensión bienintencionada de que convivan estas dos visiones alternativas de la vida, la producción y los mercados se desacredita a diario, ante la evidencia de la naturaleza depredadora del sistema industrial, con su constante apropiación de tierras, agua y recursos genéticos y su profundo impacto en los consumidores urbanos y sus preferencias alimentarias.

Por lo tanto, el empeño por lograr el ODS 2 debe ubicarse dentro de este enfrentamiento constante para evaluar en qué medida la Agenda 2030 fomenta un enfoque desde la base, coherente con el marco de derechos humanos que afirma y los imperativos sociales, económicos y ambientales; o si, en realidad, ofrece una narrativa y un proceso político que facilitan la captura empresarial de la agricultura y la nutrición.

Cuatro narrativas tendenciosas

La tensión entre estos sistemas opuestos está demostrando ser una batalla dispar, a pesar de la poderosa simplicidad con que la agroecología y la producción de alimentos a pequeña escala pueden proporcionar simultáneamente medios de vida, sustentabilidad ambiental y dietas saludables. En efecto, hay cuatro narrativas tendenciosas que intervienen actualmente en la implementación del ODS 2 a fin de poner en entredicho esta simplicidad lineal.

La primera es la metanarrativa de la crisis en la alimentación del planeta y la necesidad de impulsar la producción y la productividad con importantes inversiones en los agronegocios, a pesar de la realidad de que los pequeños agricultores actualmente suministran hasta 70% de la producción total de alimentos.⁶ Además, de acuerdo con la iniciativa Save Food (Ahorremos Alimentos) de la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO), cada año, en todo el mundo, se pierden o desperdician aproximadamente 1.300 millones de toneladas de alimentos, es decir, un tercio de todos los alimentos producidos para consumo humano.⁷ Los países del Norte global desperdician anualmente casi la misma cantidad de alimentos que la producción neta total de alimentos de África subsahariana, y la cantidad de alimentos que se pierden y desperdician cada año equivale a más de la mitad de la cosecha anual de cereales de todo el mundo.

La segunda narrativa tendenciosa está relacionada con el desafío climático y la presión para que la agricultura se adapte a él mediante soluciones tecnológicas y, a menudo, biotecnológicas. El informe de julio de 2016 del Panel de Expertos de Alto Nivel del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CSA) indica que el sector ganadero, como impulsor de la deforestación, la demanda de forraje e infraestructura de procesamiento y transporte, es directa e indirectamente responsable de 14,5% de las emisiones de gases de efecto invernadero.⁸ Sumadas, las praderas permanentes, las tierras de pastoreo y las tierras dedicadas a la producción de forraje representan 80% del total de la tierra agrícola. En contraste con la evidente necesidad de desintensificación, esta narrativa usa, abusa y, en definitiva, corrompe el concepto de sustentabilidad para justificar lo injustificable: la fusión entre “intensificación sostenible” y las “agriculturas climáticamente inteligentes” impulsadas por la tecnología las convierte en nuevos caballos de Troya para proponer biotecnologías que permitan la expansión constante de la agricultura industrial que es, en sí, el origen de la pérdida de biodiversidad y las consecuencias climáticas que estas falsas soluciones afirman resolver.

6 Civil Society Mechanism for Relations with the UN Committee on World Food Security (2016).

7 FAO (2016).

8 HLPE (2016).

La tercera y más reciente narrativa concierne a la presión por una agricultura que tenga en cuenta la nutrición y que instrumentalice los desafíos nutricionales antiguos y emergentes para proponer el enriquecimiento de los alimentos, incluido el bioenriquecimiento. En lugar de fomentar dietas diversificadas basadas en la biodiversidad agrícola, esta narrativa no reconoce que los déficits nutricionales derivan inevitablemente de dietas cada vez más homogéneas compuestas, más que nada, por productos industriales originados en la producción agrícola a gran escala de muy pocos cultivos. La reducción de la biodiversidad y del contenido nutricional de los alimentos es una consecuencia intrínseca del sistema industrial que genera las deficiencias nutricionales para las cuales se requiere el enriquecimiento de los alimentos. El sistema industrial dice ofrecer el enriquecimiento de los alimentos como solución a un problema que generó el sistema mismo y, al hacerlo, sigue oprimiendo y erosionando los sistemas alimentarios locales que, en cambio, ofrecen soluciones profundamente arraigadas basadas en la biodiversidad agrícola.

La cuarta y última narrativa es el espejismo de transformación estructural que convoca a las personas a dejar la agricultura y dedicarse a empleos industriales y de servicio mejor pagos. Lo malo es que estos trabajos solo existen en la ficción. El patrón de transformación estructural que caracterizó las experiencias pasadas de industrialización, aparentemente, no puede repetirse en las economías actuales atrapadas en los bienes de consumo. Las capacidades productivas establecidas y la liberalización del comercio cada vez más unidireccional están generando nuevos patrones de desindustrialización y tercerización prematura de las economías en desarrollo, en particular, dentro del continente africano, que están muy por debajo de las expectativas de empleo. Aquí, también debemos tener en cuenta el grado radicalmente diferente de la intensidad en trabajo que las nuevas tecnologías de producción, incluida la amplia aplicación de la robótica, agilizan a escala global.

Implicaciones de la implementación del ODS 2 para la agenda rural y la economía política

En varios sentidos, el espacio rural es (muchos dirían que sigue siendo) el campo de batalla entre estas visiones opuestas de la modernidad, que abarcan modos de vida, relaciones sociales y políticas, la organización

de la producción y la relación con nuestra ecología. Con demasiada frecuencia, las áreas rurales siguen afectadas por niveles inaceptables de sufrimiento humano y privaciones. Sin embargo, en la actualidad, lo mismo puede decirse de los espacios periurbanos e, incluso, urbanos. Por lo tanto, es necesario superar el estereotipo del atraso rural frente a la modernidad urbana. Muchos análisis de las áreas urbanas y rurales aún tienen como base la comparación de estadísticas promedio entre estos dos espacios y crean la falsa noción de un ciudadano urbano promedio que no existe en la realidad. Tampoco hay duda del impacto de las importantes migraciones de las zonas rurales a las urbanas y del avance continuo de la urbanización y, con mayor frecuencia, la “metropolización”. Sin embargo, los factores de atracción y rechazo de estos movimientos masivos se deben analizar mejor antes de considerarlos como una realidad de facto. No obstante, la pobreza y la marginación urbanas crecen con la misma rapidez con que las expectativas de trabajos urbanos, no agrícolas y mejor pagados revelan sus fundamentos insostenibles.

Desmitificar el estereotipo del atraso rural, por lo tanto, es el primer paso conceptual que permite que surjan nuevas perspectivas sobre el espacio rural que puedan sentar las bases del progreso de los ODS 1 y 2. En este sentido, a menudo, se tiene la impresión de que lo “rural” se considera la versión primitiva de lo “urbano” en un contexto subdesarrollado, casi como si el desarrollo se trasladara linealmente de la realidad rural a la urbana. De hecho, muchos creen que el concepto de modernidad rural es contradictorio. Pero es aquí exactamente donde reside gran parte del problema de la narrativa de la transformación rural. Esta narrativa se define, en gran medida, lejos de los espacios rurales en sí y con una participación limitada, si es que hay alguna, de los principales sujetos que deberían diseñar e impulsar algún proceso de transformación local. De hecho, la narrativa generalmente contrasta y contradice las visiones alternativas que podrían tener las comunidades con respecto a sus posibles trayectorias de desarrollo.

En este contexto, las cuatro tendenciosas narrativas mencionadas anteriormente influyen en distinto grado en las conceptualizaciones actuales de los procesos de transformación rural en la Agenda 2030 y, más particularmente, en los ODS 1 y 2. El impacto neto de estas

Las megafusiones en los agronegocios ponen al descubierto la necesidad de contar con una convención de la ONU sobre competencia

POR GRUPO ETC

En abril de 2017, la Universidad de Chicago convocó a una conferencia trascendental durante la cual los “Chicago Boys” cuestionaron con discreción su propio entusiasmo tradicional por los mercados concentrados. Desde la década de 1970, la Escuela de Chicago sostuvo que “mientras más grande, mejor”. Una mayor concentración del mercado por parte de grandes empresas mundiales no debería juzgarse por una posición dominante, sino sobre la base de la eficacia y los beneficios para los consumidores. Esta creencia fue adoptada en Estados Unidos así como entre los reguladores de muchos países europeos. Sin embargo, en los últimos tiempos, incluso a los economistas conservadores les preocupa que se ha perdido el control de las fusiones: en las últimas décadas, en casi 600 de los 900 sectores industriales de todo el mundo, hubo un aumento considerable en la concentración del mercado, mientras que la innovación en estos sectores parece disminuir y las empresas emergentes exitosas son escasas e infrecuentes.¹

En octubre de 2016, durante la reunión anual del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CSA) de la ONU, las organizaciones de

campesinos y sus socios de la sociedad civil instaron a los gobiernos a realizar un debate de emergencia sobre las tres megafusiones en el sector de insumos agrícolas. La oferta de China National Chemical Corporation (ChemChina) de adquirir Syngenta (ya aprobada) por 43.000 millones de dólares fue inmediatamente seguida por la propuesta de unión de Dow Chemical y DuPont (130.000 millones de dólares) y, apenas unas semanas antes de la reunión del CSA, Monsanto aceptó ser comprada por Bayer a un precio de 66.000 millones de dólares. Si se permiten estas tres megafusiones y solo se demandan desinversiones menores, juntas, las tres entidades sobrevivientes controlarán, al menos, 60% de las ventas de semillas comerciales y 71% de las ventas de plaguicidas a escala mundial. Si se ordenan desinversiones, el comprador más probable es BASF Corporation, que ya es uno de los seis gigantes genéticos que han dominado el mercado de semillas y plaguicidas de casi 100.000 millones de dólares durante todo este siglo. Más recientemente, con la adquisición pendiente de Syngenta, ChemChina anunció su fusión con Sinochem Group, otro gigante chino del rubro químico que produce insumos agrícolas, entre ellos, fertilizantes. Con esta fusión, se crearía el grupo de empresas químicas

más grande del mundo, con ingresos anuales de 100.000 millones de dólares.²

Sin embargo, no todas las inquietudes que se plantearon en la reunión del CSA corresponden a los primeros eslabones de la cadena alimentaria. A medida que comenzaron los rumores de fusiones en el sector de los insumos, algunos de los procesadores y vendedores de alimentos y bebidas más grandes del mundo se pusieron en acción. En una rápida sucesión de adquisiciones, la procesadora de carne brasileña JBS absorbió a competidores de Argentina, Australia, Canadá, México y Estados Unidos y se convirtió en la principal empaçadora de carne del mundo; AB InBev concretó una unión de 120.000 millones de dólares con SABMiller, lo que convirtió a la nueva entidad, por un gran margen, en la empresa cervecera más grande del mundo, con más de un tercio del mercado global; Kraft y Heinz se unieron con un acuerdo de 55.000 millones de dólares, con lo cual la nueva empresa es el quinto procesador de alimentos del mundo; los gigantes de comidas rápidas Burger King y Tim Hortons firmaron un acuerdo; y, hace poco, la reciente unión Kraft-Heinz propuso

¹ The Economist (2017).

² Weinland/Hornby (2017).

un *ménage à trois* de 150.000 millones de dólares con Unilever, una de las empresas de bienes de consumo y procesadoras de alimentos más icónicas del mundo. Si bien Unilever rechazó la propuesta, Kraft-Heinz aún puede mantener viva la llama y estimular conversaciones de fusión que involucren a Mondelez, Kellogg y prácticamente a cualquier otra procesadora de alimentos que considere atrayente. La historia real detrás de estas cinco negociaciones es que fueron coordinadas por cuatro personas: tres comerciantes brasileños poco escrupulosos conocidos como 3G Capital en complicidad con el inversionista más famoso del mundo, Warren Buffett de Berkshire Hathaway. Entre ellos, si aún no ganaron la copa del mundo de los alimentos, al menos dominan el área de las hamburguesas, la pizza y la cerveza. Durante las últimas tres décadas, 3G Capital invirtió 250.000 millones de dólares para respaldar fusiones y adquisiciones (FAS) en el mercado mundial de alimentos y bebidas.³

El auge actual de las FAS no se limita al Norte global. Después de todo, por primera vez, dos de los diez principales proveedores de proteína del mundo son brasileños –JBS y Marfrig–, mientras que WH Group de China (tras la compra de Smithfield) es el mayor productor porcino del mundo. Después de incorporar empresas en Singapur y los Países Bajos, otra empresa china, COFCO, se convirtió en el cuarto comerciante

de granos más grande del mundo; ChemChina tiene todo para estar entre las tres principales empresas de semillas y plaguicidas; y, tras una serie de FAS, Charoen Pokphand Group (CP) de Tailandia se convirtió en un conglomerado de alimentos a escala mundial. Mientras tanto, Mahindra and Mahindra de la India ahora ocupa el sexto lugar en las ventas mundiales de maquinarias agrícolas y está realizando adquisiciones en Europa.

Es alentador que la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés) haya tomado la iniciativa de definir una ley modelo sobre competencia y esté originando un debate renovado sobre la amenaza de los mercados mundiales concentrados. Sin embargo, ahora la OCDE está codificando las supuestas teorías de “eficacia” de las FAS de la década de 1970. Durante los últimos 12 años, la OCDE ha fomentado directrices sobre procedimientos regulatorios de FAS cuya finalidad es simplificar la aprobación (o el posible rechazo) de absorciones transfronterizas. Resulta interesante que la OCDE admita que la línea de tendencias regulatorias ha sido aprobar adquisiciones cada vez más grandes y que sus directrices instan a los países que no tienen “demasiado en juego” a aceptar que su gobierno aloje sedes corporativas. Al mismo tiempo, la OCDE admite que, a menudo, no se comprende la importancia total de una fusión hasta varios años después de consumada, que las fusiones actuales son fuertemente impulsadas por la necesidad

de controlar la tecnología y que la dirección que podrían adoptar las nuevas tecnologías, por lo general, tampoco puede saberse. Podría decirse que son motivos sólidos para que cualquier país afectado por la fusión o sus tecnologías intervenga en el proceso de revisión de FAS.

Este es el mejor momento para actuar sobre la política de competencia del sector de los agronegocios. Las tres megafusiones entre los gigantes de los insumos agrícolas no solo presentan un peligro evidente y actual para la seguridad alimentaria, sino que dependen de la aquiescencia de los mercados agrícolas emergentes de los países en desarrollo. Por ejemplo, juntos, Argentina, Brasil, China y la India representan un tercio de todas las ventas de plaguicidas a escala mundial, y ese es el tercio que está creciendo. Si tan solo un grupo de países de África, Asia o América Latina bloquean una fusión (o imponen obstáculos significativos), el valor para los accionistas podría desplomarse y las mismas empresas cancelarían las negociaciones. Y, a menos que a la OCDE se le permita salirse con la suya, cada gobierno individual, sin dudas, tiene derecho a negarse. Tal como demostró recientemente Jennifer Clapp en la Universidad de Waterloo, aunque 3G Capital y Warren Buffett estén detrás de la compra de las grandes procesadoras de alimentos y bebidas, BlackRock, la empresa de gestión de activos más grande del mundo, tiene entre 5% y 7% de las acciones de Syngenta, Bayer, DuPont e, incluso, BASF (los principales protagonistas de cada

³ Daneshku/Fontanella-Khan/Whipp (2017).

megafusión) y está mirando hacia el futuro.⁴⁴

Sin embargo, la urgencia de la situación no proviene tanto de las fusiones que tenemos ante nosotros ahora sino, más bien, de las fusiones que enfrentaremos pronto, ya que la llegada de los macrodatos sobre genómica (el denominado “ADN digital”) se combina con las tecnologías de macrodatos, robótica o inteligencia artificial lideradas por las empresas globales de maquinarias agrícolas. Esta cadena doble de macrodatos está en la nube, donde solo las empresas más grandes y acaudaladas tienen recursos para reunir los datos climáticos y del mercado actuales e históricos, con información metro por metro para tabulación sobre suelos, semillas, fertilizantes y plaguicidas, tanto en cuanto a los insumos como a los productos. John Deere, la empresa de maquinarias agrícolas más grande del mundo, ya tiene empresas conjuntas con cada uno de los seis gigantes genéticos originales.

⁴⁴ Clapp (2017).

Después de todo, John Deere tiene la “caja” en la que los agricultores colocan sus semillas, plaguicidas y fertilizantes, y también es la caja de John Deere la que regresa al campo al momento de la cosecha. Si se permiten las megafusiones de hoy, John Deere y las otras tres empresas que representan aproximadamente la mitad del mercado mundial de maquinarias agrícolas tendrán la libertad para plantear el argumento de “nuevas tecnologías”/“seguridad alimentaria” que obligará a los reguladores y encargados de formular políticas a aceptar la consolidación absoluta de todos los insumos, desde semillas hasta satélites.

En consecuencia, los gobiernos tienen tres opciones en cuanto a políticas: primero, pueden bloquear una o las tres fusiones actuales dentro de sus propias fronteras; segundo, pueden recurrir al CSA para que tome medidas en este asunto cuando se reúna en octubre de 2017; y, tercero, el CSA y la UNCTAD podrían trabajar en conjunto para desarrollar una convención de la ONU sobre competencia. ¿Es realmente posible un tratado tan provocativo como

este? Tan posible como todo lo otro que ocurrió en las negociaciones comerciales y la política en los últimos 12 meses.

Referencias

Clapp, Jennifer (2017): Bigger is not Always Better: Drivers and Implications of the Recent Agribusiness Megamergers. School of Environment, Resources and Sustainability, University of Waterloo. www.researchgate.net/publication/314206957_Bigger_is_Not_Always_Better_Drivers_and_Implications_of_the_Recent_Agribusiness_Megamergers

Daneshku, Scheherazade/Fontanella-Khan, James/Whipp, Lindsay (2017): 3G Capital to Seek Only Friendly Deals. En: Financial Times, 7/5/2017.

The Economist (2017): The University of Chicago Worries about a Lack of Competition. 12/4/2017. www.economist.com/news/business/21720657-its-economists-used-champion-big-firms-mood-has-shifted-university-chicago

Weinland, Don/Hornby, Lucy (2017): “ChemChina and Sinochem Plan Merger”. En: Financial Times, 8/5/2017. www.ft.com/content/08a29238-2ed2-11e7-9555-23ef563ecf9a

narrativas generó un riesgo concreto de que la agenda de transformación rural pueda estar guiada más por el sistema alimentario global homogeneizador y hegemónico que por las comunidades rurales, incluidos los pequeños agricultores, los ganaderos y otros campesinos. De hecho, el efecto combinado de esta falacia y las narrativas tendenciosas implica que el paradigma de la transformación rural puede estar en riesgo de convertirse, incluso, en otro instrumento de ocupación rural, que promovería aún más el enorme

y constante crecimiento de la agricultura industrial intensiva y su rápida consolidación a escala mundial, además de aumentar el proceso continuo de concentración económica y política en pocas manos. El resultado de este proceso continuo es la drástica reducción del espacio para los productores de alimentos a pequeña escala y la falta de autonomía de los productores y trabajadores, durante toda la generación. Aquí es donde la ceguera de los análisis convencionales de la pobreza hacia la dinámica de la acumulación y concentración de

la riqueza es instrumental para la captura del poder por parte de las clases gobernantes.⁹

Por lo tanto, no es nada sorprendente que el progreso sea limitado en cada una de las tres metas específicas del ODS 2 sobre los medios de implementación. Respecto de la meta 2.a de aumentar las inversiones en la agricultura rural, la capacidad de incrementar las inversiones públicas (el único tipo que, tal vez, pueda fortalecer la agricultura sostenible a pequeña escala) está considerablemente restringida por la falta de progreso tangible en la solución de la fuga de posibles ingresos fiscales provocada por los flujos financieros ilícitos y el estancamiento simultáneo de la asistencia oficial para el desarrollo. En términos de corregir y prevenir las restricciones comerciales, solicitadas en la meta 2.b, la Ronda de Desarrollo de Doha a la que hace referencia, está agonizando actualmente, lo que reafirma la falacia de esperar que la OMC, con sus desequilibrios de poder, aborde el asunto del comercio y el desarrollo de un modo significativo. Y, respecto de la reforma de los mercados de productos alimentarios, que se demanda en la meta 2.c, no parece poder identificarse ningún esfuerzo político significativo para abordar con seriedad las motivaciones financieras de la volatilidad de precios de los productos básicos dentro de los mercados de derivados. Es interesante mencionar que esto último estaba completamente fuera de la agenda del Foro sobre Financiación para el Desarrollo 2017 del Consejo Económico y Social realizado recientemente, al que también corresponde supervisar el progreso respecto de los medios de implementación de la Agenda 2030.

El importante papel del CSA

En lugar de un simple control del progreso, la naturaleza de las tensiones relacionadas con el empeño por lograr el ODS 2 requiere convergencia y coordinación activas de políticas. Muchos cuestionan la noción de que esto pueda suceder solo en el contexto del proceso del Foro Político de Alto Nivel (High-Level Political Forum, HLPF). Siguiendo el principio de subsidiariedad y dada la participación activa de los productores de alimentos a pequeña escala en su proceso, el Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CSA) ofrece el lugar

más apto donde podrían abordarse y, tal vez, resolverse estas tensiones en el contexto del Marco Estratégico Mundial para la Seguridad Alimentaria y la Nutrición.

El CSA constituye, de acuerdo con el documento de reforma de 2009, “la principal plataforma internacional e intergubernamental incluyente para una amplia gama de partes interesadas comprometidas en trabajar de manera conjunta y coordinada en apoyo de los procesos dirigidos por los países encaminados a eliminar el hambre y a garantizar la seguridad alimentaria y nutricional para todos los seres humanos”.¹⁰ De hecho, sus Directrices Voluntarias sobre la Gobernanza Responsable de la Tenencia de la Tierra, la Pesca y los Bosques en el Contexto de la Seguridad Alimentaria Nacional,¹¹ adoptadas en 2012, y su Marco de Acción para la Seguridad Alimentaria y la Nutrición en Crisis Prolongadas,¹² acordado en 2015, son dos ejemplos válidos de directrices esenciales sobre políticas que pueden guiar y ayudar a los procesos nacionales desde una perspectiva basada en los derechos.

Conclusión

Algunos ven la Agenda 2030 con su meta de seguridad alimentaria como un marco conceptual que erosiona el derecho a la nutrición y una alimentación adecuada, al igual que las visiones de la agroecología y soberanía alimentaria adoptadas por los campesinos y sus movimientos sociales. Otros, sin embargo, se permiten hacer una lectura más benevolente del nuevo marco de desarrollo y esperan que pueda ayudar a proponer una agenda rural positiva.

Los caminos alternativos para confrontar los desafíos complejos de hoy son claros. Los sistemas alimentarios actuales son disfuncionales porque dan como resultado dietas poco saludables, huellas ecológicas no sostenibles y el empobrecimiento de los productores a pequeña escala. Son el resultado de un enfoque macroeconómico basado en la oferta de los alimentos como bienes de consumo. Las alternativas se basan en procesos

⁹ Prato (2014).

¹⁰ <http://www.fao.org/tempref/docrep/fao/meeting/018/k7197e.pdf>.

¹¹ Committee on World Food Security (2012).

¹² Committee on World Food Security (2015).

impulsados y arraigados localmente que fomentan la diversificación agroecológica y la soberanía alimentaria. Esto demanda inversiones públicas y políticas de respaldo para aquellos que ya alimentan al mundo de manera que puedan proteger y mejorar cada vez más la biodiversidad, sanar a nuestro planeta, fomentar dietas saludables y diversificadas basadas en cultivos tradicionales y resilientes y fortalecer los mercados territoriales locales y las economías circulares. En este sentido, el espacio rural puede verse como el último baluarte de resistencia contra la economía global hegemónica y homogeneizadora que desmaterializa y deshumaniza cada vez más las experiencias de vida. Pero no solo se trata de resistencia. También es un espacio dinámico de reinención de la producción y las relaciones sociales y un laboratorio lleno de vida para experimentar con nuevas soluciones que pueden transformar nuestras vidas y corregir nuestros desafíos actuales para convertirlos en valiosas oportunidades, a fin de redescubrir los conocimientos, las identidades y las tradiciones que dieron origen a nuestra humanidad.

Referencias

Civil Society Mechanism for relations with the UN Committee on World Food Security (2016): Connecting Smallholders to Market. An Analytical Guide. Roma: FAO.
www.csm4cfs.org/wp-content/uploads/2016/10/English-CONNECTING-SMALLHOLDERS-TO-MARKETS.pdf

Committee on World Food Security (2015): Framework for Action for Food Security and Nutrition in Protracted Crisis. Roma: FAO.
www.fao.org/fileadmin/templates/cfs/Docs1415/FFA/CFS_FFA_Final_Draft_Ver2_EN.pdf

Committee on World Food Security (2012): Voluntary Guidelines on the Responsible Governance of Tenure of Land, Fisheries and Forests in the Context of National Food Security. Roma: FAO.
www.fao.org/docrep/016/i2801e/i2801e.pdf

International Forum for Agroecology (2015): Declaration of the International Forum for Agroecology. Nyéléni, Malí. 27/2/2015.
www.foodsovereignty.org/forum-agroecology-nyeleni-2015/

FAO (2016): Save Food: Global Initiative on Food Loss and Waste Reduction. Roma.
www.fao.org/save-food/en/

HLPE (2016): Sustainable Agricultural Development for Food Security and Nutrition: What Roles for Livestock? A Report by the High-Level Panel of Experts on Food Security and Nutrition of the Committee on World Food Security. Roma.
www.fao.org/3/a-i5795e.pdf

IPES Food (2016): From Uniformity to Diversity: A Paradigm Shift from Industrial Agriculture to Diversified Agroecological Systems. International Panel of Experts on Sustainable Food Systems.
www.ipes-food.org/images/Reports/UniformityToDiversity_FullReport.pdf

Prato, Stefano (2015): Editorial: Resisting Rural Appropriation: Embracing Agroecology to Transform Globalization. En: *Development* 58:2-3, pp. 155-158.

Prato, Stefano (2014): Editorial: The Struggle for Equity: Rights, Food Sovereignty and the Rethinking of Modernity. En: *Development* 57:3-4, pp. 311-319.

Valente, Flavio (2014): Towards the Full Realization of the Human Right to Adequate Food and Nutrition. En: *Development* 57:2, pp. 155-170.

Stefano Prato es director gerente de la Sociedad Internacional para el Desarrollo (SID).